Esta es una pequeña muestra
del libro *Esperanza en tiempos de temor*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co

© 2024 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!

ESPERANZA
en tiempos
DE TEMOR

El significado y la importancia
de la resurrección para nuestra vida hoy

TIMOTHY KELLER

POIEMA
LECTURA REDIMIDA

Otros libros de Timothy Keller

—

El Dios pródigo

Encuentros con Jesús

Ministerios de misericordia

Caminando con Dios a través del dolor y el sufrimiento

Evangelio & vida

Los Cantos de Jesús

Sabiduría de Dios para navegar por la vida

Moldeados por el evangelio

Amar la ciudad

Servir a un movimiento

Gálatas para ti

Jueces para ti

Romanos para ti

Para Ray y Gill Lane,
amigos creyentes durante décadas,
obreros fieles en la viña del señor,
cuyos dones sobrenaturales de hospitalidad
nos han socorrido durante muchos años.

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#EsperanzaEnElTemor

Esperanza en tiempos de temor
El significado y la importancia de la resurrección
para nuestra vida hoy
Timothy Keller

© Poiema Publicaciones, 2024

Traducido con el debido permiso del libro *Hope in Times of Fear: The Resurrection and the Meaning of Easter* © 2021 copyright por Timothy Keller. Publicado por Viking, una imprenta de Penguin Group (USA) LLC en New York.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido extraídas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2011 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
e-mail: info@poiema.co
www.poiema.co

Impreso en Colombia
ISBN: 978-1-955182-37-9
SDG

Contenido

Prefacio. vii
Introducción xiii

1. Esperanza segura 3
2. Esperanza futura 33
3. Esperanza gloriosa 59
4. Esperanza subversiva 83
5. El gran revés 99
6. Esperanza personal: 1 117
7. Esperanza personal: 2 135
8. Esperanza para ti 163
9. Esperanza para las relaciones 189
10. Esperanza de justicia 219
11. Esperanza frente al sufrimiento 241
12. Esperanza para el futuro 271

Epílogo: la piedra y la oscuridad 303
Notas de texto 309
Agradecimientos 355

Prefacio

Cuando tuve cáncer de tiroides en 2002, leí una obra maestra de 800 páginas, *La resurrección del Hijo de Dios*, del autor N. T. Wright. No solo contribuyó en gran manera a mejorar mi comprensión teológica, sino que, debido a las circunstancias, me animó y me fortaleció frente a lo sumamente consciente que era de mi mortalidad. Me recordó y me aseguró que la muerte había sido derrotada en Jesús y que mi muerte también sería derrotada.

Ahora, casi veinte años después, estoy escribiendo mi propio libro sobre la resurrección de Jesús y, de nuevo, me enfrento al diagnóstico del cáncer. En esta ocasión, tengo cáncer de páncreas y, según todos los indicios, esta enfermedad es mucho más grave y el tratamiento supone un desafío mayor.

Asimismo, estoy escribiendo en medio de la peor pandemia mundial de este siglo. Muchas personas viven con miedo a la enfermedad y a la muerte. Desde mi apartamento en Nueva York, se ven algunos del los grandes hospitales de la ciudad y, especialmente

durante el punto álgido de la pandemia, se veían luces en todas las ventanas durante la noche y el sonido de las sirenas y el parpadeo de las luces rojas estaban presentes en todo momento. Una y otra vez la esperanza de una solución temprana para el virus y un cambio rápido se ha visto frustrada una y otra vez.

No obstante, la pandemia ha provocado más problemas que solo la enfermedad. Es probable que haya importantes daños en cada sector de la sociedad que durarán años. Parece que habrá una tasa de desempleo no vista desde la Gran Depresión, el fracaso de numerosos negocios, la dolorosa reducción de industrias enteras, un enorme déficit de los impuestos que pondrá en peligro las vidas de millones de personas que dependen de los servicios del gobierno y de la jubilación, y una serie de crisis tanto para la educación privada como para la pública. Esta es tan solo la lista que se me ocurre ahora, mientras escribo justo al principio de la crisis. Es inevitable que surjan otras cuestiones que aún no podemos prever. En cualquier caso, las personas mas vulnerables socioeconómicamente serán los que más caro lo paguen. La desigualdad social que ya afligía a nuestra sociedad solo aumentará. Para colmo, el aislamiento social ha provocado que millones de personas se sientan abatidas y sin esperanza.

A principios del verano del 2020, mientras las muertes por coronavirus se disparaban, surgieron protestas en las calles debido a otro tipo de muerte después del asesinato de George Floyd por la policía en Minneapolis. En alrededor de dos mil ciudades en Estados Unidos y en todo el mundo, surgieron manifestaciones que atrayeron a millones de personas. Se conviertieron

en las protestas sociales más grandes de nuestra historia, mucho mayores que aquellas organizadas por el movimiento de los derechos civiles bajo el mando del Dr. Martin Luther King Jr. en la década de los 60.

Casi todas las protestas actuales se han centrado en el racismo que persiste en nuestra sociedad en general. Sin embargo, debido a que soy lo suficientemente mayor como para recordar de primera mano las protestas del movimiento de los derechos civiles, ha habido un contraste que me ha llamado la atención. Las protestas recientes y las peticiones de justicia, por alentadoras que sean en muchas maneras, tienen muy poco del sentido de esperanza que el que implicaba el movimiento más antiguo.

En la obra maestra del Dr. King, el discurso titulado "Yo tengo un sueño", dice:

> Esta es nuestra esperanza. Esta es la fe con la que regresaré al sur. Con esta fe seremos capaces de esculpir de la montaña de la desesperación una piedra de esperanza. Con esta fe seremos capaces de transformar las discordias de nuestra nación en una hermosa sinfonía de hermandad. Con esta fe seremos capaces de trabajar juntos, de orar juntos, de combatir juntos, de ir a prisión juntos, de luchar juntos por nuestra libertad, con la certeza de que un día seremos libres.

La mención de King de cortar una "piedra de esperanza" a partir de una montaña de desesperación hace referencia a Daniel

2:34-35, 45. El capítulo es una visión divina del futuro que recibió el rey de Babilonia en un sueño. En esa visión, la pequeña piedra "cortada" de la montaña pero "no con mano" destruye a los reinos idólatras de este mundo y entonces se convierte en una montaña de justicia y paz que llena toda la tierra. Los intérpretes cristianos han entendido que la piedra es el reino de Dios, una obra sobrenatural ("no con mano"), que comienza como algo muy pequeño, aparentemente indefenso, que, sin embargo, al final derriba a todos los regímenes orgullosos que perpetúan el mal y la opresión. El Dr. King usó la imagen con una gran habilidad retórica, pero la imagen es más que retórica. "El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza", dice Jesús en Mateo 13:31-32, "que de todas las semillas es la más pequeña; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas".

El Dr. King no dejó que la falta de poder financiero y político de los afroamericanos en Estados Unidos arruinara su esperanza. El más oculto racismo sistémico junto con la manifiesta exclusión racial y la violencia que enfrentaron los líderes de los derechos civiles en las décadas de los 50 y 60 fueron enormes. Sin embargo, él sabía que Dios se mueve de esa manera: a partir de comienzos pequeños y de la debilidad, a través del sacrificio y del servicio, para provocar el cambio. El Dr. King no era un simple optimista alegre. Si lees sus discursos y cartas, verás el enojo y los miedos realistas que tenía respecto al movimiento, pero la noción de esperanza permanece.

A menudo se ha señalado que el movimiento de los derechos civiles fue dirigido por pastores y líderes cristianos y, por tanto, las referencias bíblicas que llenan sus discursos y sus peticiones de justicia no eran mera grandilocuencia. Eran declaraciones de fe y esperanza arraigadas en Dios.

Muerte, pandemia, injusticia, fractura social: hay una escasez de esperanza. Hoy, de nuevo, necesitamos desesperadamente una piedra de esperanza.

Y no hay mayor esperanza posible que creer que Jesucristo fue resucitado de entre los muertos. El apóstol Pablo dice que Jesús "fue crucificado en debilidad, pero ahora vive por el poder de Dios" (2Co 13:4). Si comprendes este gran hecho de la historia, incluso cuando la situación se vuelva oscura, esta esperanza se convertirá en una luz para ti cuando todas las otras luces se hayan extinguido. Es por eso por lo que Pablo puede añadir: "Así también nosotros somos débiles en Él, sin embargo, viviremos con Él por el poder de Dios para con ustedes".

Este, entonces, es un libro sobre la resurrección de Jesús. Mi intención no es realizar el mismo trabajo exhaustivo sobre las fuentes históricas y la evidencia de la resurrección que llevó a cabo N. T. Wright. No sería capaz de hacerlo. Al inicio del libro trato de resumir parte de su trabajo, que no creo que se pueda mejorar en este momento. Debido a que soy un predicador, no un académico, me centraré en la resurrección como la clave para entender toda la Biblia y enfrentar todos los desafíos de la vida: el sufrimiento, el cambio personal, la injusticia, la claridad moral y la incertidumbre del futuro.

En teoría, todos sabemos que podríamos morir en cualquier momento. Sin embargo, un diagnóstico de cáncer o de enfermedad cardiáca, o la amenaza de una pandemia, nos transfiere al ámbito de los que ven la muerte como una realidad inmediata. En medio de un tiempo oscuro para la mayoría del mundo, y para mí personalmente, mientras todos anhelamos y buscamos tener esperanza, no hay mejor lugar al que mirar que a la resurrección de Jesucristo.

Introducción

Según Su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva… de manera que la fe y esperanza de ustedes sean en Dios.

—1 Pedro 1:3, 21

Una nueva era de ansiedad

Incluso antes de la pandemia del COVID-19 en 2020 y sus consecuencias, el mundo occidental había estado experimentando una creciente crisis de esperanza.

Durante al menos dos siglos, las culturas occidentales habían sido animados por la poderosa esperanza de que la historia era progresiva, que la raza humana estaba dirigiéndose de manera inevitable a la creación de un mundo con una mayor seguridad, prosperidad y libertad. En resumen, se creía que cada generación de seres humanos experimentaría en general un mundo

mejor que la generación anterior. Este es uno de los legados de la Ilustración europea, cuyas principales figuras predijeron que la razón, el ingenio y la ciencia humanas, una vez liberadas de las supersticiones del pasado, proporcionarían sin duda un futuro mejor.

Pero luego llegó el sigo veinte. En 1947, W. H. Auden escribió el extenso poema *La era de la ansiedad*. Este poema versa sobre cuatro personas en un bar en Manhattan que hablan sobre sus vidas personales y la vida en general. Ganó el premio Pulitzer, pero muy pocas personas lo han leído. Lo que llamó la atención fue el título, que parecía captar el momento cultural. En menos de cuatro décadas el mundo había experimentado dos guerras mundiales, una pandemia y la Gran Depresión y, en ese momento, se dirigía hacia décadas de una Guerra Fría con armas nucleares entre Occidente y los países comunistas.

No obstante, cuando la Guerra Fría finalizó en 1989, la antigua creencia en el progreso humano inevitable pareció resurgir. Algunos incluso declararon que era "el final de la historia", afirmando decir que las terribles luchas entre las grandes ideologías —fascismo, comunismo y la democracia occidental— habían terminado. El temor a una guerra que provocara un conflicto mundial había disminuido. El capitalismo internacional, impulsado por la globalización, marchó a toda velocidad y un gran número de economías parecían prosperar. La "era de la ansiedad" había terminado, el optimismo anterior de la Ilustración se estaba reavivando. El número de personas que dijeron que los

niños de hoy tendrían un futuro mejor que el de la generación de sus padres superó el 50 por ciento de la población.

Un pensador destacado que proveyó una base empírica para este optimismo fue Steven Pinker, de la Universidad de Harvard. Sus libros *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones* y *En defensa de la Ilustración: por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso* recogen datos para argumentar que en todo el mundo la violencia, la guerra y la pobreza se están disminuyendo, y que la duración de vida y el cuidado de la salud se están mejorando.

Pinker se limita a hablar de medidas empíricas respecto a la comodidad y a la seguridad, pero Yuval Noah Harari hace declaraciones más intensas. En su *bestseller* de 2017 *Homo Deus: breve historia del mañana,* argumenta que en la Antigüedad los seres humanos se dirigían a Dios o a los dioses porque carecían del control del mundo en el que vivían. Pero ahora tenemos ese control.

> Al comienzo del tercer milenio, la humanidad se despierta y descubre algo asombroso. La mayoría de la gente rara vez piensa en ello, pero en las últimas décadas hemos conseguido controlar la hambruna, la peste y la guerra. Desde luego, estos problemas no se han resuelto por completo, pero han dejado de ser fuerzas de la naturaleza incomprensibles e incontrolables y se han convertido en retos manejables. No necesitamos rezar a ningún dios ni a ningún santo para que nos salve de ellos. Sabemos

> muy bien lo que es necesario para impedir el hambre, la peste y la guerra… y generalmente lo hacemos con éxito.

El título del libro *Homo Deus* transmite su conclusión básica. No es solo que no necesitemos más a Dios. La humanidad ahora *es* Dios. Somos nuestra propia esperanza para el futuro, nuestro propio Dios. Podemos tener no solo esperanza, sino confianza en un futuro mejor porque tenemos dentro de nosotros todos los recursos que necesitamos para hacerlo realidad.

La pérdida de la esperanza

Pinker y Harari, aunque tienen muchos seguidores, no están captando el espíritu de la era como lo hizo Auden. En la mitad de la primera década del siglo veinte, el número de personas que creían que sus hijos disfrutarían de una vida mejor volvió a disminuir. El pesimismo sobre el futuro de nuestros hijos y sociedad solo se ha intensificado en los últimos quince o veinte años, como muestran una serie de diferentes investigaciones y encuestas.

Esto se debe a muchas razones. Algunos apuntan a la polarización y a la fragmentación en la sociedad que va más allá del partidismo político normal. Existe un tribalismo creciente que revela una cultura en la que el centro está vacío, no compartimos ninguna idea de lo que es el bien común. Se ha perdido la confianza social, lo cual parece estar perjudicando a las instituciones que han mantenido unida a nuestra sociedad.

Hay otra categoría de amenazas frente al futuro que no se producen por la falta de progreso científico y tecnológico, sino que, irónicamente, son resultado de ese progreso. Por ejemplo, las pandemias son imposibles de contener debido a la movilidad por transporte aéreo y a la globalización de nuestras economías, y todo debido a la tecnología moderna. Muchos reconocen que las redes sociales han fomentado mayormente nuestra polarización e incertidumbre en lo que debemos creer. Además, están las amenazas del cambio climático y del terrorismo internacional, también debido a varios tipos de avances científicos. Las cosas que supuestamente debían salvarnos de terribles peligros han creado otros.

Andrew Sullivan sugiere otra categoría de razones que explican tanto la creciente ansiedad como el sentido de desespero que caracterizan nuestra época. Sullivan profesa ser un gran admirador de Pinker y en una reseña sobre su libro, *En defensa de la Ilustración*, no encuentra fallo alguno en ninguna de sus conclusiones empíricas. Pero, entonces, Sullivan añade: "[Pinker] no tiene una manera de explicar por qué, por ejemplo, hay tanto descontento, depresión, consumo de drogas, desesperación, adicción y soledad en las sociedades liberales más avanzadas". Observa: "A medida que hemos alcanzado un mayor progreso de manera lenta, pero segura, hemos perdido algo que sostiene todo: el significado, la cohesión y un tipo distinto y más profundo de felicidad que la satisfacción de todas nuestras necesidades terrenales".

Yuval Harari cree que en el pasado las personas buscaban a Dios para encontrar esperanza porque no eran capaces de entender ni controlar su entorno natural. Pero la religión abordaba algo mucho más profundo. El dilema humano desde tiempos inmemoriales no solo ha sido sobre cómo controlar la naturaleza que está "allá fuera", sino —el desafío mucho más difícil— cómo controlar la naturaleza "aquí dentro"; es decir, los numerosos enigmas y problemas de la misma naturaleza humana. Anhelamos tener significado y propósito. Descubrimos que las cosas que pensábamos que nos satisfarían no lo hacen. Nos escandaliza la maldad que otros seres humanos —y nosotros mismos— somos capaces de llevar a cabo. ¿Qué podemos hacer con *nosotros* mismos? Como indica Sullivan, no basta con controlar la naturaleza externa, y con la pandemia COVID-19 hay muchas pruebas de que incluso estamos lejos de haberlo logrado.

Pinker y Harari creen que dejar atrás la religión es una parte importante del progreso humano. Pero el destacado filósofo Jürgen Habermas en los últimos veinte años ha adoptado una posición diferente. Reconoce las limitaciones de la razón secular para proveer absolutos morales y motivaciones para sacrificar tus propios intereses por el bien de los demás. Habermas, aunque no es cristiano, cree que la religión puede proporcionar una base para entender el carácter sagrado de cada vida humana y una motivación para el amor sacrificial en las relaciones humanas. Estas son cosas que la ciencia por sí misma no puede darnos. La mayor amenaza para nuestra esperanza de un mundo mejor no es el entorno natural, sino los diversos males que surgen

continuamente del corazón humano. La ciencia no puede erradicar la maldad humana; de hecho, puede darle más herramientas para lograr sus propios fines. Y por "maldad" no solo nos referimos a los terribles estallidos de maldad como el holocausto judío. Nos referimos a las crueldades ordinarias del egoísmo en los negocios, los prejuicios raciales, la arrogancia y el orgullo, la deshonestidad y la corrupción y los innumerables actos cotidianos de egoísmo que arrastran a la sociedad hacia abajo.

La esperanza de la resurrección

Una de las razones del notable crecimiento del cristianismo en sus primeros siglos fue que ofreció recursos para la esperanza frente a las numerosas pandemias urbanas que asolaban el mundo romano. Kyle Harper, un historiador que ha escrito sobre las pandemias antiguas, fue entrevistado sobre cómo el cristianismo seguía prosperando y creciendo en la oscuridad de esos tiempos. Dijo:

> Para [los cristianos], era un programa positivo. Esta vida siempre fue destinada a ser transitoria, y solo parte de una historia más grande. Lo que era importante para los cristianos era orientar sus propias vidas hacia la historia más grande, la historia cósmica, la historia de la eternidad. Sí, vivían en este mundo, experimentaban dolor y amaban a los demás. Pero los cristianos de aquella época estaban llamados a ver la historia de esta vida como una más de las historias en las que vivían. El mapa oculto era este cuadro más grande.

El "mapa oculto" cristiano iba mucho más allá del consuelo religioso común. Por ejemplo, otras religiones hablaban de la posibilidad incierta de un más allá mejor si nuestro comportamiento moral había sido lo suficientemente bueno. La esperanza cristiana superaba en todo sentido esa débil ilusión. La palabra bíblica *elpida*, que se ha traducido por la palabra más débil *esperanza*, significa certeza profunda. Los cristianos ven incluso las circunstancias más difíciles como parte de una historia guiada por Dios en todo momento, no solo hacia una especie de vida después de la muerte, sino hacia la resurrección de nuestros cuerpos y almas en cielos y tierra nuevos, rehechos.

Y toda esta esperanza se centra en un acontecimiento explosivo: la muerte y resurrección de Jesucristo. Esto es lo que el cristianismo ofrece a un mundo que lucha con la pérdida de esperanza.

Los cristianos a los que Pedro escribió ya habían sido "afligidos con diversas pruebas" (1P 1:6) y ahora estaban en medio del "fuego de prueba" (1P 4:12). Pero Pedro les recuerda esto: "Según Su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva… de manera que la fe y esperanza de ustedes sean en Dios" (1P 1:3, 21). El hecho de la resurrección significa que tenemos una esperanza para el futuro que no se basa en el avance científico o en el progreso social, sino en Dios mismo (1P 1:21). Y no se trata tan solo de una creencia intelectual, sino, como dice Pedro, de una "esperanza viva", una parte vital de la nueva vida espiritual que los cristianos reciben por medio del Espíritu Santo a través de lo que el Nuevo Testamento denomina "el nuevo

nacimiento". La fe en la resurrección siembra esa esperanza en lo más profundo de nuestra alma. Se convierte en algo tan integro de nuestro ser, a tal grado que podemos enfrentar a lo que sea.

Pero ¿cuál *es* esa fe en la resurrección que se puede convertir en una esperanza viva, que arde en nosotros como un fuego que da calor y vigor? ¿Y cómo la conseguimos?

Conocer la resurrección

El primer paso es creer que la resurrección de Jesucristo realmente ocurrió. La resurrección tiene muy poca utilidad como un mero símbolo. Como veremos, creer en la resurrección era tan difícil para las personas en los tiempos de Jesús como lo es para nosotros. Tanto las cosmovisiones antiguas como las modernas saben que la resurrección de la muerte es una imposibilidad. La evidencia de la resurrección de Jesús era extraordinaria. Respondió ante las objeciones intelectuales que tenían las personas entonces, y todavía puede hacerlo hoy en día.

Sin embargo, aceptar el mero hecho de la resurrección no lo convierte de forma automática en una esperanza viva para nosotros. Debemos entender no solo que ocurrió, sino también, y es igual de importante, lo que significa. Pocos de nosotros hemos escuchado un discurso profundo sobre la resurrección desde el púlpito que no fuera el mismo Domingo de Resurrección. En las iglesias de denominaciones liberales, la resurrección suele ser vista como un concepto general, un símbolo de que de alguna manera el bien triunfará sobre el mal. Y cuando se predica sobre la resurrección en iglesias evangélicas, el sermón suele ser un

largo argumento de que realmente sucedió. Pero una cosa es saber acerca de la resurrección y otra cosa es, como dice Pablo: "[*conocer*] *el poder* de Su resurrección" (Fil 3:10), conocerlo de manera personal o experiencial. Es sorprendente que la iglesia no nos haya orientado mucho en cómo hacerlo.

En mi propia tradición eclesiástica, la presbiteriana y reformada, las teologías sistemáticas clásicas prestan mucha más atención a la muerte de Jesús en la cruz que a Su resurrección. Charles Hodge, el teólogo de Princeton, dedica 127 páginas a la cruz y solo 4 a la resurrección. Otras exposiciones teológicas son parecidas. Sam Allberry escribe que muchos cristianos, aunque creen en la resurrección y repasan esta creencia el Domingo de Resurrección, "la meten de nuevo en un cajón durante el resto del año", ya que "no tienen idea qué hacer con ella". Versículos como Romanos 4:25 —"Él… resucitó para nuestra justificación"— nos muestran que no es solo la muerte de Jesús, sino también la resurrección, la que nos salva. Pero cuando la mayoría de los cristianos hacen una presentación del "evangelio" para explicar cómo podemos ser salvos, hablan exclusivamente de la cruz y mencionan la resurrección como una idea tardía o la omiten por completo.

La buena invasión

La resurrección no es un estupendo truco de magia, sino una invasión. Y el acontecimiento que nos salvó —el movimiento de la cruz a la resurrección— hace nuevas las vidas de los cristianos, de adentro hacia afuera, por el poder del Espíritu.

La cruz y la resurrección juntas —y solo juntas— traen la nueva creación futura, el poder omnipotente por el que Dios renueva y sana al mundo entero, e irrumpe nuestro presente. Cuando Cristo pagó el castigo del pecado en la cruz, el velo del templo se rompió de arriba abajo (Mt 27:51). El velo representaba la separación de la humanidad de la presencia santa de Dios. Esa presencia en el principio había hecho la tierra como un paraíso y ahora, por la muerte de Cristo, *puede* venir a nosotros, y por la resurrección de Cristo, *efectivamente viene* a nosotros. El Cristo resucitado nos envía al Espíritu Santo, y tanto Cristo como el Espíritu son las "primicias" (Ro 8:23; 1Co 15:20-23), la "garantía" (Ef 1:13-14; 2Co 1:22, 23, 5:5), el pago inicial, el anticipo tanto del futuro triunfo sobre la muerte como de un mundo material nuevo y renovado. Este poder renovador del futuro es solo parcial, pero es real y sustancial y ha entrado en el mundo presente.

La incomparable grandeza del poder con el que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos está ahora en nosotros (Ro 8:23; Ef 1:19-20). Por tanto, hemos de vivir a la "luz" de la futura "nueva creación" (Ro 13:11-13; Gá 6:15; cf. 1Co 6:1-2). Es decir, debemos participar en esa resurrección futura en la manera en la que vivimos ahora. Si Jesús resucitó de entre los muertos, lo cambia todo: cómo nos comportamos en nuestras relaciones, nuestras actitudes frente a la riqueza y el poder, cómo trabajamos en nuestras vocaciones, nuestra comprensión y práctica de la sexualidad, las relaciones raciales y la justicia.

Asimismo, la cruz y la resurrección juntas —y solo juntas— nos dan la forma básica o patrón para que los cristianos "vivan a la luz de la nueva creación". La cruz y la resurrección son la Gran Reversión*. Cristo nos salva a través de la debilidad, renunciando al poder y sucumbiendo a una aparente derrota. Pero triunfa, no a pesar de la debilidad y la pérdida de poder, sino a causa de ella y a través de ella. La Gran Reversión se convierte en "una dinámica" que "se abre a un ritmo de vida, a una ética y a una forma de ver y vivir en el mundo" y todos los aspectos de la vida. Al poner en práctica este principio, la muerte y la resurrección, renovamos la vida humana aquí, solo parcialmente, pero de forma sustancial. La presencia del "ya, pero todavía no" de la nueva creación evita tanto la ingenuidad como el cinismo, tanto el utopismo como el derrotismo.

Un bosquejo del libro

Esta es la tesis básica del libro: que la resurrección, la Gran Reversión, nos trae tanto el poder como el patrón para vivir la vida ahora a la luz de la futura nueva creación de Dios.

Para desarrollar este tema, comenzaré en el capítulo 1 viendo la resurrección como un hecho histórico. Por supuesto, es mucho más que eso, pero no es menos. La modernidad hace que sea difícil para la gente creer en la resurrección histórica y física de Jesús. Pero sin el milagro de la resurrección, nuestra confianza infalible en un triunfo futuro sobre el mal y la muerte

* Reversión: restitución de algo al estado que tenía; acción y efecto de revertir.

desaparece. Entonces, en los próximos cuatro capítulos exploraré por qué la resurrección como la Gran Reversión es la clave para comprender la trama de toda la Biblia, al igual que el principio operativo de la vida del cristiano. En el capítulo 6 examinaré cómo comienza la fe personal en la resurrección, estudiando cinco casos prácticos: María, Juan, Tomás, Pedro y Pablo. En los cinco capítulos finales examinaré áreas específicas de la vida y exploraré cómo la resurrección nos da recursos únicos para vivir de manera fiel y auténtica en cada una.

Quizás el beneficio diario y más común de la resurrección es este: no seguimos un venerado maestro muerto, sino un Señor resucitado y que realmente está *con* nosotros. En Apocalipsis 3:20, Jesús dice : "Yo estoy a la puerta y llamo; si alguien oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo". Se suele pensar que se trata de una invitación a los no creyentes para que "abran sus corazones a Jesús", pero en el contexto de Apocalipsis 3 Jesús está hablando a la iglesia, a los cristianos. Comer con alguien era y es tener comunión con ellos. Jesús está diciendo a los creyentes que hay un potencial de disfrutar de una comunión rica e íntima con Él, de conocerle y conocer Su amor, y que, en general, no se aprovecha.

Y ¿por qué está disponible? ¡Por la resurrección! No es un autor que ha fallecido y al que solo conocemos a través de sus libros. Él está vivo y nos está llamando. "¡Aquí estoy!" te dice (Ap 3:20). Abre la puerta, ámale y escúchale. Los que lo hagan "despertarán de la desesperación y dejarán de lado las imaginaciones de las tinieblas".

ESPERANZA
en tiempos de
TEMOR

UNO

ESPERANZA SEGURA

Ahora les hago saber, hermanos, el evangelio que les prediqué, el cual también ustedes recibieron, en el cual también están firmes… Porque yo les entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; que se apareció a Cefas y después a los doce. Luego se apareció a más de 500 hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen. Después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles. Y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y Su gracia para conmigo no resultó vana. Antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí.

—1 CORINTIOS 15:1, 3-10

El corazón de la fe cristiana es el evangelio. "Es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree", dice Pablo en Romanos 1:16. El evangelio es infinitamente rico y se puede exponer en profundidad, como vemos en los libros de Gálatas y Romanos. Pero el valor de este pasaje en 1 Corintios es que Pablo nos explica el evangelio de forma breve y esto nos permite tener una imagen más clara de los aspectos y puntos que lo constituyen. Este pasaje nos dice que el cristianismo es una fe histórica, racional y por gracia.

Una fe histórica

El evangelio comienza con la presentación de ciertos sucesos históricos concretos. Es correcto ver el cristianismo como experiencia transformadora, pero solo te transformará si aceptas como hechos verídicos los sucesos que ocurrieron en la historia.

Cuando estaba en la universidad, cursé varias clases que estudiaban las religiones del mundo. Al rreflexionar en lo que estudiaba, empecé a ver con claridad que ninguna otra fe comenzó diciendo: "Por encima de todo y, ante todo, debes creer que estos sucesos históricos ocurrieron". Sin duda, todas las religiones tienen historias de su origen y narraciones sobre héroes de la fe. Pero esas historias existen sobre todo como ejemplos a seguir. El mensaje principal es: "Vive de este modo y encuentra el camino de la sabiduría y hallarás la unión con lo infinito".

El mensaje del cristianismo no comienza de la misma manera. No empieza con: "Aquí está lo que tienes que hacer", sino que dice: "Aquí está lo que Dios ha hecho". El cristianismo cambia

de profundamente nuestra manera de vivir. Pero el evangelio no comienza con: "Así es como debes vivir", sino: "Esto es lo que Jesús hizo por ti en la historia". En primer lugar, murió por nuestros pecados y fue sepultado y, en segundo lugar, resucitó al tercer día y se apareció a muchos testigos.

¿Una fe ahistórica?

Una razón por la que quiero destacar la historicidad de la crucifixión y de la resurrección es por dar una advertencia frente al esfuerzo persistente que comenzó hace dos siglos de crear un cristianismo liberal más parecido a las otras religiones.

A principios del siglo diecinueve, empezó un movimiento para quitar los elementos sobrenaturales del cristianismo para alinearlo más con las sensibilidades modernas. Friedrich Schleiermacher enseñó que el cristianismo no era un asunto de fe en sucesos históricos, sino más bien un sentimiento interno de dependencia de Dios. Albrecht Ritschl enseñó que ya no podíamos creer en los milagros y que, entonces, teníamos que releer los relatos del nacimiento y la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesús no como sucesos históricos, sino como leyendas y parábolas y ejemplos de cómo vivir. El razonamiento básico de este movimiento era el siguiente: "En la fe cristiana hay muchos elementos supersticiosos y milagrosos. La gente no puede creer que estas cosas realmente ocurrieron. Por tanto, si queremos atraer al mundo moderno, tendremos que reinterpretarlas como ficción, pero una ficción que preserva los principios esenciales de la vida que están en la fe cristiana".

¿Cómo trató este programa de modernización la resurrección, la doctrina de que Jesús resucitó físicamente de entre los muertos? El nuevo relato era algo así: "Ya no podemos creer en una resurrección literal, física e histórica. Ah, pero aún tenemos la *idea* de la resurrección. ¿No nos enseña la propia naturaleza que después del invierno llega la primavera; que incluso después del desastre y la muerte puede haber un nuevo comienzo; que incluso en nuestras desgracias podemos descubrir lecciones y creer y comenzar de nuevo? Este es el principio de la resurrección".

El cristianismo liberal ha enseñado que no importa si estos sucesos de la historia de la vida de Jesús ocurrieron en realidad. Lo que importa es que los cristianos sean buenas personas, que se comporten de manera ética, amen a los demás y hagan del mundo un lugar mejor. Es un intento de crear una fe ahistórica que no se basa en lo que Dios realmente ha hecho en la historia, sino solo en lo que nosotros hacemos y cómo vivimos. El cristianismo liberal incluso trata de presentarse en la historia como el cristianismo original y verdadero. Dice que el Jesús original era simplemente un maestro humano de justicia y amor. Que solo décadas después se introdujeron estos elementos milagrosos y sobrenaturales en las leyendas sobre su vida, y solo entonces se le presentó como un Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos. Según esta versión, la fe original no se refería a hechos históricos milagrosos, sino que era simplemente una ética de amor.

No obstante, esta narrativa no es una versión "actualizada" del cristianismo. Por el contrario, se trata de la creación de una religión totalmente distinta. Pierde del todo el mensaje único

del cristianismo —que eres salvo no por lo que tienes que hacer, sino por lo que Dios ha hecho—. El peso abrumador de la autosalvación recae de nuevo sobre el creyente, mientras que el evangelio histórico nos quitó esa carga aplastante.

La marcada diferencia entre el cristianismo liberal y la fe original fue expuesta de manera notoria por H. Richard Niebuhr. Él describió el liberalismo así: "Un Dios sin ira trajo a hombres sin pecado a un reino sin juicio a través del ministerio de Cristo sin una cruz". Y podía haber añadido sin resurrección. El cristianismo liberal —un mensaje de simple amor ético y esperanza— nunca podría haber transformado la vida de nadie y mucho menos trastornado todo el mundo romano.

El poderoso y apasionante mensaje original fue este: el poder de Dios ha venido desde fuera de la historia y se ha irrumpido en este mundo. Jesús murió por nuestros pecados en nuestro lugar para que, por medio de la fe, podamos conocer Su amor y recibir la garantía de la vida eterna, todo por gracia, como un regalo. También resucitó de entre los muertos como prueba y para traer a la historia los poderes del siglo venidero, en el que todos seremos resucitados y toda lágrima será enjugada (Heb 6:5; 2P 3:13; Ro 8:18-25). Debido a que la muerte de Jesús por el pecado y la resurrección ocurrieron en la historia, todo ha cambiado. *Todo.*

En 1 Corintios 15:14, Pablo dice: "si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación", y la palabra griega traducida *vana* es *kenos*, sin poder. Pablo está diciendo que las meras exhortaciones éticas —"que debemos trabajar en contra

de la injusticia" o que "tenemos que mantener la esperanza frente a la ansiedad"—, por muy correctas que sean, son *inútiles* si Jesús no ha resucitado de entre los muertos en la historia. Si ha resucitado, no solo tenemos todas las razones posibles en el mundo para trabajar por el bien del mundo, sino que también tenemos el poder interior real para hacerlo. Pero si no ha resucitado, entonces (y tanto los antiguos filósofos como los científicos modernos están de acuerdo con esto), el mundo al final arderá y no habrá nadie que se lamente y nada de lo que hagamos tendrá ninguna importancia.

El cristianismo liberal, aunque ahora se encuentra en un declive demográfico muy pronunciado entre los creyentes, es sin embargo muy popular entre los medios de comunicación modernos, ya que lo presentan como la única versión viable de la fe. Pero una fe no histórica —una fe no sobrenatural— simplemente no sirve. No fue la que cambió vidas, ni cambió el mundo antes, ni tampoco lo hará ahora. Como escribió John Updike:

Que nadie se confunda: si es que resucitó,
fue en Su cuerpo;
si la disolución de las células no se revirtió,
la molécula no volvió a unirse,
los aminoácidos no volvieron a encenderse,
la iglesia caerá.
No fue como las flores,
que se repiten cada suave primavera;
no fue como Su Espíritu en las bocas

y los ojos aturdidos de los
once apóstoles;
fue en Su carne; la nuestra.
Los mismos pulgares y dedos del pie con tendones,
el mismo corazón con válvulas
que —perforado— murió, se marchitó, pausó,
y luego se recompuso
por medio del poder duradero
para obtener nuevas fuerzas.
No nos burlemos de Dios con metáforas,
analogías, esquivos, trascendencia,
haciendo del acontecimiento una parábola,
un cartel pintado
en la credulidad perdida de épocas anteriores:
atravesemos la puerta.
La piedra se ha quitado, no es de cartón,
no es una piedra en un cuento,
sino la vasta piedra de la materialidad
que en el lento paso del
tiempo eclipsará para cada uno
la ancha luz del día.
Y si tenemos un ángel en la tumba,
que sea un ángel de verdad,
tan pesado como el quantum de Max Planck,
de brillante cabello, opaco
en la luz del alba, vestido de lino real
tejido en un telar determinado.

No intentemos hacerlo menos monstruoso,
porque nos convenga,
por nuestro propio sentido de la belleza,
no sea que, al despertarnos en una hora impensable,
nos avergüence
el milagro,
y nos aplaste la objeción.

Una fe racional

Dado que el cristianismo es una fe histórica, también es una fe razonable, y 1 Corintios 15 rebosa de razones para creer. Se han desarrollado muchas teorías modernas para tratar de refutar la resurrección, pero estos versículos tienen respuesta para todas ellas.

Una de las teorías más antiguas es que las leyendas de la resurrección de Jesús se desarrollaron muchas décadas después de que los hechos reales se olvidaran. Pero el texto en 1 Corintios es en sí mismo una importante prueba en contra de esa opinión. La mayoría de los eruditos del Nuevo Testamento consideran que los versículos 3-7 no son una composición paulina original, sino más bien Pablo está citando un resumen temprano del evangelio que la iglesia primitiva empleaba en la evangelización y la formación. Como dice en el versículo 3, estas palabras las *recibió*, no las creó, y entonces las *entregó* a otros. Los eruditos también muestran que el vocabulario de estos versículos: "conforme a las Escrituras", "al tercer día", "los doce", no son términos que Pablo usa en sus otros escritos. Así que se trata de un resumen

del Evangelio que ya era de uso generalizado entre los cristianos de todo el mundo mediterráneo cuando Pablo escribió. Dado que esta carta a los Corintios fue escrita sólo quince o veinte años después de la muerte de Jesús, el destacado erudito bíblico James Dunn concluye que "podemos estar totalmente seguros" de que este resumen de 1 Corintios 15:3-7 "fue formulado… a los pocos meses de la muerte de Jesús".

Esto refuta la teoría de que la resurrección de Jesús fue una leyenda que se desarrolló solo después de que murieran las personas que presenciaron Su muerte. En cambio, este texto demuestra que casi al instante miles de hombres y mujeres judíos estaban adorando a Jesús como Salvador y Señor resucitado (Hch 2:41). A diferencia de los romanos, los judíos "no creían que un hombre pudiera convertirse en un dios… [Tales] afirmaciones [eran] tan estupefacientes como… repugnantes… No solo eran blasfemia, sino una locura". Un movimiento creciente de judíos que adoraban a un ser humano como el Hijo de Dios no tenía precedentes. Y ocurrió justo después de la muerte de Jesús. Algo trascendental debe haber sucedido para que esto ocurriera. Si no fue la resurrección, ¿qué otra cosa pudo haber sido?

Pablo también dice que Jesús resucitó "al tercer día", lo que refuta la segunda teoría moderna de que los primeros seguidores de Jesús no vieron literalmente con sus ojos a Cristo resucitado, sino que solo experimentaron Su presencia con ellos en sus corazones. "Al tercer día" muestra que la resurrección de Jesús fue un suceso real con una fecha indicada.

A continuación, Pablo relata extensamente que Jesús resucitado se apareció a "Cefas y después a los doce. Luego se apareció a más de 500 hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen. Después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles. Y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí" (1Co 15:5-8). Esta lista desafía una tercera hipótesis moderna, a saber, que la resurrección fue un engaño. El problema es que no solo Pedro, Jacobo el hermano de Jesús y el propio Pablo declaraban haber visto con sus propios ojos al Cristo resucitado. Jesús también se apareció a 500 personas a la vez. Había literalmente cientos de testigos que lo corroboraron.

Los lectores de hoy quizás piensen que en los tiempos de Pablo todo el mundo se creía cualquier cosa y era supersticioso. Por tanto, si querías defender que el fundador de tu religión había resucitado de los muertos, todo lo que tenías que hacer era decir: "Ha resucitado y deben creerme porque lo digo yo". En cambio, Pablo escribe como si sus lectores no estuvieran dispuestos a aceptar tal afirmación sin pruebas, al igual que la gente de hoy. Por tanto, alrededor del 75 por ciento de las palabras en esta presentación del evangelio consisten en una lista de los testigos de la resurrección. Cuando da sus nombres y dice "la mayoría de los cuales viven aún", está invitando a cualquier persona a que los busque y escuche su testimonio de primera mano. En otras palabras, Pablo *no* es lo que se ha denominado "fideísta", alguien que dice: "No tengo ningún argumento o razonamiento lógico

para ti; debes dar un loco paso de fe en la oscuridad y creer lo que te estoy diciendo a pesar de la falta de pruebas".

Podríamos preguntarnos por qué un público antiguo sería tan escéptico como para creer algo como la resurrección. Seguramente la gente de aquella época era más abierta que la gente hoy sobre afirmaciones de milagros, ¿*no*? Sin embargo, en su libro *La resurrección del Hijo de Dios,* el erudito bíblico N. T. Wright explica ampliamente que tanto la cultura grecorromana como el judaísmo de la época tenían fuertes creencias que hacían inaceptable la afirmación de una resurrección corporal individual. Los judíos del tiempo de Jesús o bien no creían en la resurrección o creían solo en una resurrección general de los justos al final de los tiempos cuando el mundo fuera renovado por completo. Lo que no creían que fuera posible era una resurrección individual en medio de la historia al mismo tiempo que el mal, el sufrimiento y la muerte continuaban como antes. Así que esto refuta una cuarta creencia moderna de que los seguidores de Jesús estaban tan quebrantados por el desconsuelo y deseosos de que estuviera vivo que se convencieron a sí mismos de que había resucitado. Wright presenta la mejor defensa de que esto no pudo ocurrir. Una resurrección así era inconcebible para los judíos. Solo la evidencia de la tumba vacía y todos los testimonios de los testigos oculares superaron su profundo escepticismo ante la afirmación de que Jesús había resucitado.

> Cualquier historiador del primer siglo reconocería: que fuera lo que fuera lo que los primeros cristianos

> aguardaran, desearan, esperaran y pidieran en su oración, esto *no* fue lo que dijeron, después de Pascua, que había sucedido… *había sucedido* algo, algo que no era en absoluto lo que aguardaban o esperaban, algo en torno a lo cual tuvieron que reconstruir sus vidas.

La evidencia de Pablo de la resurrección

En Hechos 26, Pablo habló con el rey Agripa y Festo, el gobernador romano, acerca de la muerte y la resurrección de Cristo. En medio de la conversación, Festo exclamó: "¡Tu mucho saber te está haciendo perder la cabeza!" (Hch 26:24). La respuesta de Pablo fue respetuosa, pero sorprendentemente segura.

> No estoy loco, excelentísimo Festo. Lo que digo es cierto y sensato. El rey está familiarizado con estas cosas, y por eso hablo ante él con tanto atrevimiento. Estoy convencido de que nada de esto ignora, porque no sucedió en un rincón (Hch 26:25-26, NVI).

Pablo dice que su fe en la resurrección es "sensato", una palabra que se refiere a un pensamiento cuidado y racional. No hace solo afirmaciones, sino que ofrece argumentos. Pablo también puede decir con seguridad que Agripa conocía los hechos de la muerte de Jesús, de la tumba vacía y de los informes de los testigos de la resurrección, porque estas cosas "no sucedieron en un rincón". Eran de conocimiento público y, por tanto, había pruebas sustanciales de lo que decía.

En 1 Corintios 15, Pablo está haciendo para todos los lectores, presentes y futuros, lo que hizo ante Agripa y Festo. Para resumir, presenta dos argumentos principales a favor de la resurrección.

En primer lugar, la tumba estaba vacía. El resumen del evangelio no solo dice que Jesús murió, sino que también "fue sepultado". Esta información sería redundante a no ser que quisiera dejar claro que no fue un suceso "espiritual", sino que el cuerpo no estaba y la tumba estaba vacía. La mayoría de los eruditos admiten la realidad de la tumba vacía, incluso aquellos que no aceptan la resurrección. Era extremadamente importante para los judíos enterrar a su gente y no dejar que los cuerpos simplemente se descompusieran. El pasaje de 1 Corintios —así como este resumen del evangelio— demuestra que los primeros cristianos creyeron y proclamaron la resurrección de Jesús de entre los muertos. Por lo tanto, "es difícil imaginar que la creencia en un Jesús resucitado hubiera llegado muy lejos si se podría señalar con facilidad dónde estaba la tumba en la que aún se hallaba el cuerpo presente".

El segundo argumento es que un gran número y variedad de personas, en diversidad y numerosas circunstancias, testificaron que habían visto a Jesús resucitado. No estamos hablando de un solo avistamiento o de varias apariciones en un lugar apartado donde se pudieran fingir dichas apariciones. Peter Williams aporta esta lista:

> Hay registros del Jesús resucitado apareciendo en Judea (Mt 28:9; Lc 24:31, 36) y en Galilea (Mt 28:16-20;

> Jn 21:1-23); en la ciudad (Lc 24:36) y en el campo (Lc 24:15); dentro de un edificio (Lc 24:36) y fuera (Mt 28:9, 16; Lc 24:15; Jn 21:1-23); por la mañana (Jn 21:1-23) y por la tarde (Lc 24:29, 36; Jn 20:19); con aviso previo (Mt 28:16) y sin avisar (Mt 28:9; Lc 24:15, 34, 36; Jn 21:1-23); cerca (Mt 28:9, 19; Lc 24:15, 36; Jn 21:9-23) y lejos (Jn 21:4-8); en una montaña (Mt 28:16) y cerca de un lago (Jn 21:4); a grupos de hombres (Jn 21:2; 1Co 15:5, 7) y de mujeres (Mt 28:9); a personas solas (Lc 24:34; 1Co 15:5, 7-8) y a grupos de hasta 500 personas (1Co 15:6); sentado (Jn 21:15 implícito), de pie (Jn 21:4), caminando (Lc 24:15; Jn 21:20-22), comiendo (Lc 24:43; Jn 21:15), y siempre hablando (Mt 28:9-10, 18-20; Lc 24:17-30, 36-49; Jn 20:15-17, 19-29; 21:6-22). Muchos son encuentros de cerca en los que se conversa. Es difícil imaginar el patrón de estas apariciones [registradas] en los Evangelios y en las cartas de la iglesia primitiva sin que hubiera múltiples individuos defendiendo que habían visto a Jesús resucitado de los muertos.

Muchas personas han tratado de negar las declaraciones de estos testigos. La teoría más común es que los autores del Nuevo Testamento simplemente se lo inventaron. Sin embargo, en este temprano documento público bien contrastado, Pablo dice que la mayoría de estos testigos estaban vivos y se les podía contactar fácilmente. Estas declaraciones habrían sido imposibles si los

testigos nunca hubieran existido. Además, como a menudo se ha señalado, los Evangelios establecen que las primeras testigos de la resurrección fueron mujeres. Dado que las mujeres en esa cultura patriarcal no se les permitía ser testigos en los tribunales, no habría ninguna razón plausible para que los autores de los Evangelios se hubieran inventado algo así. La única razón históricamente plausible para que registraran que habían sido mujeres quienes primero vieron al Cristo resucitado es porque fue así.

Como hemos señalado, algunos explican las apariciones de la resurrección como un cumplimiento psicológico de sus deseos o alucinaciones o visiones extáticas por parte de los testigos. Pero la variedad de momentos y circunstancias en las que se dieron estos encuentros lo hace poco probable. Por ejemplo, ¿cómo pudieron tener 500 personas la misma alucinación a la vez? Como Wright ha argumentado, la cosmovisión judía no hacía inconcebible que una sola persona resucitara en medio de la historia. No se les habría ocurrido a los discípulos de Jesús inventarse una idea así o pensar que conseguirían que otros judíos les creyeran si lo hicieran. Hubieran sido necesarias pruebas extraordinariamente poderosas, imposibles de negar, para conseguir que los judíos del primer siglo superaran lo que les habían enseñado y creyeran que Jesús era el Hijo de Dios resucitado. Según 1 Corintios 15, eso es justo lo que recibieron.

Así que tenemos dos hechos difíciles de refutar: que la tumba estaba vacía y que cientos de personas afirmaron haber visto a Cristo resucitado. Si solo tuviéramos la tumba vacía, entonces podríamos decir que el cuerpo fue robado. Si solo tuviéramos

los testimonios, podríamos decir que tuvieron que ser fantasías. Sin embargo, juntos nos demuestran que algo extraordinario ocurrió. N. T. Wright dice que si descartas la resurrección, tienes un desafío formidable: encontrar una explicación alternativa históricamente posible para estos dos hechos, así como para el nacimiento de la iglesia. Escribe:

> Los primeros cristianos no se inventaron la tumba vacía ni los "encuentros" o "vistas" del Jesús resucitado… Nadie se esperaba algo así; ningún tipo de experiencia de conversión habría generado tales ideas; nadie se lo habría inventado, por muy culpable (o perdonado) que se sintiera, por muchas horas que estudiaran minuciosamente las Escrituras. Sugerir lo contrario es dejar de investigar la historia y entrar en un mundo de fantasía propio.

La evidencia en los Evangelios de la resurrección

A los dos elementos más básicos de la evidencia podemos añadirle un tercero, uno al que aludimos en la introducción y que surge de las propias narraciones de los Evangelios acerca de la resurrección. Podríamos denominar esta categoría "la extrañeza del Jesús resucitado". En su discurso en las Conferencias Gifford, John Polkinghorne dice que la incapacidad de los primeros testigos de reconocer a Cristo resucitado es destacable. Argumenta que si las personas de aquella época (o de la nuestra) quisieran inventarse una historia acerca de alguien resucitado, se habrían inspirado en los dos tipos de leyendas sobre personas que

regresan de la muerte, presentándole como "una figura celestial deslumbrante o como un cadáver reanimado". N. T. Wright está de acuerdo. En la tradición apocalíptica judía había relatos de figuras que aparecían "en luz cegadora o resplandor deslumbrante, o envueltas en nubes". Daniel 12:2-3 describe a los resucitados al final de los tiempos diciendo: "brillarán como el resplandor del firmamento". 1 Samuel 28 nos cuenta que el rey Saúl habló con el fantasma del profeta Samuel muerto, que se aparece como "un espíritu que sale de la tierra" (v. 13, BLP). Sin duda, si los autores judíos de los Evangelios se hubieran querido inventar una historia para enseñar que Jesús había resucitado de los muertos, podrían haber conseguido material de estas narraciones y describirle como alguien demasiado brillante como para mirarle o que diera tanto miedo como un fantasma. En cambio, el Jesús resucitado parece totalmente normal, "como un ser humano entre seres humanos".

Por otra parte, Polkinghorne dice que, si los autores de los Evangelios hubieran concebido a Jesús sin una transformación divina o sin ser un espíritu, y solo como alguien que se había reanimado, que había vuelto a la vida como Lázaro, entonces, sin duda, hubiera tenido la misma apariencia. No hay ninguna indicación de que nadie tuviera problema alguno reconociendo a Lázaro después de que resucitara (Jn 11). Sin embargo, en estos relatos de la resurrección, Jesús tiene un aspecto tan diferente que sus discípulos no lo reconocen… hasta que lo sí lo reconocen. La analogía más cercana sería encontrarse con una amiga de la infancia cuando tienes cincuenta años a quien no has

visto desde que eran adolescentes. No la reconocerías al principio, hasta que la miraras más de cerca. Así que aquí se muestra a Jesús con un cuerpo resucitado —muy humano y una continuación de Su cuerpo anterior (todavía tiene la marca de los clavos, Jn 20:27)—, pero ahora transformado.

Wright añade que el cuerpo de Jesús es también "trans-físico". Se le puede tocar y puede comer pescado (Lc 24:36-43); y, sin embargo, los Evangelios hablan dos veces de que entra por puertas cerradas (Jn 20:19, 26). Jesús no es ni un fantasma ni una aparición deslumbrante, ni tiene un cuerpo revivido normal. Simplemente no había nada parecido en la literatura y leyendas judías y grecorromanas que inspirara a los autores de los Evangelios. Estas eran categorías conceptuales totalmente nuevas, una importante ruptura frente a todo lo que cualquier religión o cultura jamás hubiera imaginado. Era una manera totalmente nueva de pensar acerca del cuerpo y del espíritu.

Wright y Polkinghorne argumentan que es extremadamente improbable que alguien que se hubiera inventado historias sobre la resurrección hubiera concebido a un Cristo resucitado así. A nadie se le podría haber ocurrido esto. "Sería extraño que un elemento así se repitiera en relatos inventados", concluye Polkinghorne. "Por el contrario, me parece probable que sea el núcleo de un recuerdo histórico genuino".

Finalmente, podemos añadir un cuarto tipo de evidencia de la resurrección a partir de la historia de la iglesia primitiva. N. T. Wright analiza lo poco explicable que era la fe que tenía la iglesia primitiva en la resurrección. La gente hoy en día asume que en

la antigüedad las personas creían que las resurrecciones de los muertos eran posibles, "pero ahora, con cientos de años de investigación científica de nuestro lado, sabemos que los muertos se quedan muertos". Pero Wright añade a continuación que esta manera moderna de comprender las creencias de las personas en la antigüedad "es ridícula". Argumenta: "La evidencia [histórica] es masiva y la conclusión a la que llegan es universal… El paganismo antiguo contiene todo tipo de teorías, pero cada vez que se menciona la resurrección la respuesta es firmemente negativa: sabemos que eso no ocurre".

Pero, ¿qué pasa con el judaísmo? Wright dice que la mayoría de los judíos del primer siglo creían en una resurrección física de los justos al final de los tiempos. Sin embargo, la creencia de los cristianos en la resurrección casi desarrolló "modificaciones extraordinarias" o lo que él llama "mutaciones" de la noche a la mañana. A diferencia del judaísmo, que contenía una variedad de creencias y énfasis (y escepticismo) sobre la resurrección, *todos* los cristianos inmediatamente creyeron en la resurrección y fue un elemento fundamental de su fe. El judaísmo había especulado que las personas resucitadas tendrían un cuerpo resucitado, pero básicamente idéntico. Sin embargo, como hemos visto, los cristianos creían que el cuerpo resucitado sería físico, pero tendría una serie de propiedades y poderes nuevos. El judaísmo también enseñaba que, si la resurrección ocurriera, tendría lugar al final de la historia, pero los cristianos insistían que ya había ocurrido a una persona en medio de la historia. Por último, ningún judío creía que el Mesías moriría y resucitaría, ni que ningún ser

humano pudiera ser el Hijo de Dios. Sin embargo, muchos de los primeros cristianos, la mayoría judíos, creían exactamente esto.

De todas estas maneras, la creencia de la iglesia primitiva sobre la resurrección era una ruptura radical en la historia de la cultura y el pensamiento humanos. Y no hubo ningún debate dentro de la iglesia primitiva al respecto; esta nueva creencia fue instantánea. Wright dice: "Estas mutaciones son tan sorprendentes en un área de la experiencia humana donde las sociedades tienden a ser tan conservadoras que obligan al historiador… a preguntar: '¿Por qué ocurrieron?'". Si los historiadores abordan esta cuestión, les resultará difícil encontrar una explicación plausible para la ruptura de un día para otro que los cristianos hicieron con el resto de creencias, incluidas aquellas con las que habían crecido. Wright concluye que es "imposible… explicar la creencia de los primeros cristianos en Jesús como Mesías sin la resurrección".

¿Podemos saber si la resurrección ocurrió?

¿*Prueba* todo esto, sin lugar a dudas, que la resurrección de Jesucristo realmente ocurrió? Como Wright y otros señalan, ningún suceso de la historia se puede demostrar de manera empírica del mismo modo que algo se puede probar en un laboratorio. No podemos saber que Guillermo el Conquistador invadió Inglaterra en 1066 del mismo modo que sabemos que un compuesto se hace líquido a cierta temperatura. Sin embargo, una vez hacemos esta distinción, todavía podemos saber que ciertas cosas ocurrieron en la historia si existe suficiente evidencia histórica de ello.

Entonces, ¿qué sucede con la resurrección? Si pides a historiadores que te den la respuesta a la pregunta: "¿Qué explicación tienen para el rápido desarrollo de esta nueva perspectiva sobre la resurrección y para el rápido crecimiento de la iglesia?", tendrán que responderte desde el punto de vista histórico. Incluso si tienen una presuposición filosófica no cree en los milagros, aún tienen que encontrar alguna explicación alternativa que sea históricamente posible y, como argumenta Wright, no es una tarea fácil. "No se ha dado ninguna otra explicación durante 2000 años de escepticismo despectivo… que pueda explicar satisfactoriamente cómo llegó la tumba a estar vacía, cómo los discípulos pudieron ver a Jesús y cómo sus vidas y cosmovisiones fueron transformadas".

Esto significa que, por una parte, el uso de la razón humana no puede obligarnos a creer en la resurrección. Hay espacio para la duda intelectual con cualquier suceso histórico. Por otra parte, podemos ver que la creencia en la resurrección de Cristo *no* es un salto de fe a ciegas. Ha dejado una enorme huella, por así decirlo, en la historia. Por eso "supone ese tipo de desafío a la cosmovisión tanto del historiador como del científico". La fe en la resurrección no es una creencia ciega que rechaza la razón humana: "trasciende, pero incluye lo que denominamos historia y lo que denominamos ciencia".

De hecho, casi ninguna de las cosas importantes en las que basamos nuestra vida se puede demostrar de manera comprobable. Nuestros valores morales, nuestras creencias sobre la naturaleza humana, sobre si el universo material surgió de la nada o

fue creado por Dios, todas estas suposiciones sobre la realidad llegan a través de una combinación de la razón, la evidencia y la fe. Por ejemplo, ¿podemos *saber* a ciencia cierta que todos los seres humanos tienen la misma dignidad y derechos? Aunque hay mucha evidencia de que esta creencia es verdad, los derechos humanos no se pueden demostrar de forma científica de manera que cualquier escéptico estaría obligado a aceptarlos. Y, ¿podemos *saber* a ciencia cierta que la resurrección ocurrió? Incluso si llegas a creer, en el plano racional, que la resurrección de Jesús probablemente ocurrió, todavía tienes que ejercer la fe para llegar a ser cristiano.

Una fe por gracia

Si bien Pablo ha enfatizado el lado histórico y racional del cristianismo, no está diciendo que sea suficiente simplemente estar convencido intelectualmente de estas doctrinas y principios. Debemos apropiarnos de estas verdades personalmente, por fe. Creer o no creer en la resurrección nunca consiste en un mero proceso intelectual. No somos computadoras. Somos seres humanos de carne y hueso y, cuando nos enfrentamos al relato de la resurrección, lo abordamos no solo con la lógica sino con una vida de esperanzas y miedos y compromisos de fe preexistentes. Y nunca seremos capaces de aceptarlo hasta que veamos nuestra necesidad de la gracia de Dios.

Por eso, justo después del resumen doctrinal en 1 Corintios 15:3-8, Pablo añade el testimonio de cómo esas verdades le transformaron personalmente.

> Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y Su gracia para conmigo no resultó vana. Antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí (1Co 15:9-10).

¿Qué transformó a Pablo en una persona completamente diferente? Tres veces usa la palabra "gracia". El hombre al que antes conocían como Saulo nunca pensó que necesitara misericordia y perdón. En su mente, tenía más celo por la verdad y por Dios que nadie que hubiera conocido (Fil 3:6). Sin embargo, cuando la vida le humilló y él pudo ver sus defectos y su insuficiencia, y que necesitaba la gracia de Dios, le dio apertura a esas afirmaciones y verdades que anteriormente había rechazado.

Antes de convertirnos en cristianos, la mayoría de nosotros también nos consideramos buscadores sinceros de la verdad. Sentimos que somos buenas personas. Pero la mayoría de los cristianos, como Pablo, miran atrás y ven que nunca habían buscado la verdad sinceramente. Querían una verdad y un Dios que encajara en su deseo de estar a cargo de sus propias vidas. Y, sin embargo, Dios vino tras ellos, los encontró y con gracia les ayudó a ver su propia ceguera y su injustificable desconfianza en Él.

Esto es lo que le pasó a Pablo. Pensó que sabía quién era Dios y quién era Jesús, pero lo entendió todo mal. Dustin Hoffman protagoniza una película de 1992 titulada *Héroe*. Hoffman interpreta a Bernie LaPlante, quien arriesga su vida para salvar a

55 personas de un avión que se ha estrellado y está en llamas. La trama del resto de la película se basa en el hecho de que es un personaje tan poco heroico y tan insignificante que nadie cree que él salvara a estas personas. En cambio, el público elige a una persona más fotogénica y atractiva y se convence de que él fue quien salvó a todos. Todas las personas alrededor de Bernie LaPlante dicen que no es posible que él realizara tal hazaña. Pero lo hizo. Creían que lo conocían, pero no. Fueron cegados por superficialidades y no eran capaces de distinguir el verdadero heroísmo.

Pablo (como el resto de nosotros) estaba igual de ciego espiritualmente a la naturaleza de la salvación. Pensó que se podía salvar a sí mismo, que podía conseguir que Dios le bendijera debido a su celo y virtud. Y pensaba que Jesús —ese carpintero inculto, vagabundo, desempleado, que murió la muerte maldita de un criminal— no podía ser el Salvador. Tampoco podía haber resucitado de los muertos. Pablo no solo se equivocó por completo, sino que mirando atrás supo que *quería* que Dios fuera un Dios al que pudiera controlar de este modo y que *quería* que Jesús fuera un falso maestro. Eso le ponía en el asiento del conductor en su vida. No había sido un buscador sincero de la verdad. Merecía que Dios lo juzgara y lo condenara.

En lugar de eso, ¡Dios lo confrontó, lo perdonó completamente y lo hizo apóstol! A pesar de lo espectacular que fue el cambio de Pablo, insistió en que, al final, todos tenemos la misma condición espiritual. Escribe:

> No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno (Ro 3:10-12).

Cuando dice que "No hay justo", no quiere decir que no haya millones de personas, como Pablo, que lleven vidas morales. Por el contrario, lo que niega es que así estén buscando realmente al Dios verdadero. A no ser que veamos nuestra ceguera espiritual y nuestra necesidad de la ayuda de Dios, todos somos como Pablo; vivimos vidas buenas solo para nosotros con el fin de tener el control de nuestras vidas. Lo hacemos con una visión distorsionada de Dios que hemos creado según nuestros propios intereses y, entonces, ¿por qué tenemos que creer en la resurrección?

Pablo llegó a ver la insuficiencia de sus ideas por medio de un encuentro visual con Jesús. Para el resto de nosotros, hay otras maneras por las que "la realidad nos puede golpear".

La pandemia del COVID-19 en el año 2020 era algo que la gente moderna, debido a su fe en la ciencia y la tecnología, no creía que fuera posible. Trajo la muerte de maneras que pensábamos que eran imposibles en la actualidad. Ha habido una variedad de respuestas a esta amenaza. Muchas personas, para demostrar su valentía y libertad, se niegan a implementar ninguna precaución de seguridad de ningún tipo. Algunos se han protegido en gran manera frente a los demás. Ha habido grandes discusiones entre padres y profesores sobre si las escuelas debían reabrirse. Cada bando ha acusado al contrario de autodefenderse

a expensas de las vidas de otras personas. Durante la crisis, muchísimas iglesias han tenido sus reuniones del domingo, y otras reuniones, por internet y les ha sorprendido que a menudo tenían muchos más espectadores que el número de miembros de la iglesia. Esto implica que, al menos, algunas personas, que antes no creían que necesitaran recursos espirituales, estaban ahora "echando un vistazo". Lo que todos necesitamos en estos tiempos tan aterradores es fe en la resurrección.

En 1527, la plaga bubónica se extendía por Europa y el elector Juan de Sajonia (gobernante de Lutero) ordenó a Lutero que se marchara para salvar su vida. En cambio, Lutero se quedó para ministrar a los enfermos y a los que morían. Al final, convirtió su propia casa en un hospital de campaña. En medio de esto, Lutero escribió una carta pública: "Sobre si se debe huir de una plaga mortal". Es un documento extraordinario por su prudencia y sus matices, pero, sobre todo, muestra una gran valentía frente a la muerte. Comienza diciendo que algunos cristianos creían que debían huir y otros que debían quedarse. Lutero responde que ambos pueden tener razón.

En primer lugar, "huir de la muerte… es una tendencia natural, implantada por Dios y que no está prohibida… Lo apropiado es, por lo tanto, querer preservar la vida y evitar la muerte si esto se puede llevar a cabo sin hacer daño a nuestro prójimo". Lutero defiende que poner tu vida en peligro sin que haga falta, es decir, demostrar supuestamente tu libertad del miedo, es orgulloso e imprudente. Tu vida no es tuya —es de Dios— y toda vida humana es preciosa. La Biblia manda que haya una

cuarentena para personas infectadas (Lv 13-14) y, por lo tanto, está mal negarse a tomar las medidas y precauciones necesarias para parar la extensión de la enfermedad. De este modo, "distanciarse" y hacer todo lo posible para preservar tu vida y la de aquellos a tu alrededor está bien y es lo correcto.

Por otra parte, si los cristianos se encuentran en situaciones en las que apartarse de la plaga hace que otra persona esté indefensa, por la misma razón (el valor infinito de la vida humana) deberían quedarse. "Cristo no quiere que [los fuertes] abandonen a los débiles". Si los enfermos en tu casa, vecindario o ciudad no reciben cuidados suficientes debido a tu salida, entonces no deberías irte. En concreto, Lutero argumentó que los pastores, alcaldes, jueces y "similares" debían quedarse y "permanecer firmes ante el peligro de muerte". Conocía el desorden que puede existir en las comunidades si los trabajadores "esenciales" abandonan sus puestos para protegerse a sí mismos. "Abandonar una comunidad entera… debido a cualquier tipo de peligro como fuegos, asesinatos, disturbios o cualquier desastre imaginable es un gran pecado". Lutero concluye que quizás sea correcto huir de la plaga y quizás esté mal huir, y que, por tanto, todas las personas deberían evaluar la situación y que nadie debería condenar a otros por su decisión. ¡Qué diferente de la combinación de pánico, imprudencia y recriminaciones constantes que hemos visto en nuestro propio mundo durante la pandemia!

La base de la respuesta de Lutero extraordinariamente calmada, pero realista ante la plaga, fue que no tenía ningún miedo a la muerte. El miedo a la muerte puede llevarte tanto a defender

de forma estridente, pero insegura, tu libertad frente a las precauciones de seguridad como una manera de superar tus inseguridades o como una capitulación aterrorizada. Sin embargo, si superas el miedo, puedes plantear la importante pregunta con más objetividad: ¿Cómo mostrar más amor en mis circunstancias? Y entonces puedes hacerlo.

Lutero explica de dónde viene esa valentía. El evangelio nos ha dado libertad de la "verdadera pestilencia espiritual" del pecado y de Satanás por medio de la muerte de Jesús. Y ahora podemos con regularidad "meditar de forma reverente… sobre la muerte y la resurrección".

No obstante, solo obtendremos fuerza a partir de la resurrección si creemos que ocurrió.

En mayo de 1970, cuando el presidente Richard Nixon intensificó la guerra de Vietnam enviando a las tropas de Estados Unidos a Camboya, en muchos campus universitarios tuvieron lugar "huelgas estudiantiles". Yo estaba en la Universidad de Bucknell, donde, durante muchos días, los estudiantes se reunieron en el patio central con un micrófono donde cualquiera podía venir y hablar. Era un momento pacífico de debate y diálogo intensos. Solo unos meses antes había encontrado la fe que da vida en Jesús y era parte del diminuto grupo de diez a quince cristianos que se sentaban juntos en esa zona y se preguntaban cómo entrar en la conversación. Al final, un miembro de nuestro grupo hizo una señal y la colocó allí. Durante todo el día, uno o dos de nosotros nos sentábamos bajo la señal en un extremo de la multitud. Decía:

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO JESÚS ES INCREÍBLE
DESDE EL PUNTO DE VISTA INTELECTUAL
Y SATISFACTORIA DESDE EL PUNTO DE VISTA EXISTENCIAL.

La mayoría de las personas la ignoraron y una o dos nos dijeron algún improperio. Pero tuve buenas conversaciones esa semana. Fue entonces cuando me di cuenta de que quienes dudaban se enfrentaban a dos cuestiones: la racional y "existencial" o la personal. Una estudiante admitió que no tenía que prestar atención a la evidencia porque a ella no le importaba si ocurrió o no. No necesitaba un salvador. Otro estudiante dijo algo como: "Pero no quiero que el universo sea así y dudo de que lo sea".

Cuando Pablo conoció a Cristo resucitado, le desafió *tanto* racional *como* personalmente. No solo tuvo que superar sus grandes dudas racionales de que la resurrección podía ocurrir en medio de la historia y de que un débil así podía ser el Mesías. También tenía que ver que su justicia no era suficiente, que estaba perdido en el plano espiritual y que nada menos que la muerte y la resurrección del Hijo de Dios podían salvarle. Solo cuando Pablo, que pensaba que era el mejor, por fin se dio cuenta de que era *el más insignificante* (1 Corintios 15:9), entonces se convirtió en alguien grande.

Nota la extraordinaria imagen que tenía Pablo de sí mismo, basada en la esperanza viva de la muerte y la resurrección de Cristo por él. Pablo no dice que *fuera* el más insignificante de los apóstoles antes, pero ahora es el que tiene más éxito. Tampoco dice que sea un pecador indigno y, por lo tanto, no ha

conseguido nada en realidad. No, afirma que *es* el más insignificante de los apóstoles (y "primero" de los pecadores, 1Ti 1:15) y, al mismo tiempo, que ha tenido los mayores frutos. Sabemos muy poco de esa imagen de uno mismo. Creemos que o bien has de considerarte en muy alta estima o pensar muy mal de ti mismo. Pablo es capaz de mantener juntas las dos declaraciones verdaderas, en concreto, que todavía es un hombre con defectos y pecador que merece ser rechazado, y que, al mismo tiempo, en la gracia de Dios, es amado y da frutos. ¿Cómo puede Pablo hacer esto? ¿Cómo puede Pablo en un lugar decir "soy el peor de los pecadores" y después reírse con confianza frente a la muerte, desafiar a reyes que podían matarle y liderar este movimiento que cambió la historia?

Quizás pienses: "Si considerara que soy el peor de los pecadores, estaría al borde del suicidio". Si dices eso, todavía no comprendes del todo el evangelio. Cuando crees que, en Jesucristo, el Padre te ama y te acepta por completo, entonces puedes admitir tu pecado y debilidad y, al mismo tiempo, saber que te perdonará y usará a pesar de ello. Por esa razón Pablo tiene esta extraordinaria imagen de sí mismo. Es asombroso. No hay nada como ello.

¿Ocurrió la resurrección? Sí, pero únicamente podrás aceptarla si dejas que no solo confronte tu lógica y mente, sino también la imagen que tienes de ti mismo y los compromisos de tu corazón.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
Esperanza en tiempos de temor.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co

© 2024 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!